

# Imágenes de Borges<sup>1</sup>

Silvina Ocampo

¿Existe un escritor para el cual la vida misma se haya convertido en un cuento, como la de Borges? No lo creo. Los amigos de Borges entran siempre en su mundo lleno de misterio, pero él no entra en el mundo de los otros.

Hice un retrato suyo en tinta hace mucho tiempo; el retrato está en un libro de cubierta rosada como los cuadernos de nuestra infancia; no se le parece; sin embargo, en ese retrato torpe, tiene el aspecto de un héroe de la historia argentina; pensándolo bien, Borges es una especie de héroe.

No sé cuándo ni dónde lo conocí. Me parece que lo conozco desde siempre, como ocurre con todo lo que se ama. Tenía bigotes y grandes ojos sorprendidos.

Hace mucho que lo conozco, pero mucho más que lo quiero. A veces lo he odiado; lo odié por causa de un perro, y él me odió a mí, supongo, por causa de un disfraz. Comenzaré por el perro.

Estábamos en la playa durante el verano. Yo había perdido a mi perro Lurón; lo adoraba como adoramos a los perros. Llorando, lo buscaba por los caminos que llevaban al mar, golpeando cada puerta, preguntando a cada persona si no había visto un perro con collar rojo, inteligente, mediano, de color castaño, el pelo rapado salvo en la cabeza y las patas, sin cola, etc. Era inútil explicarles que se trataba de un *caniche*. Lo mismo habría dado decirles *canilla* o *cariz*. Borges escuchaba, miraba, pensando que esta historia del perro era inaudita. Ni una palabra compasiva. Me puse esquivo con él.

—¿Pero estás segura de que podrías reconocer a tu perro? —me preguntó, quizá para consolarme.

Yo lo trataba con resentimiento, pensando que no tenía corazón.

Odiar a Borges es difícil, porque él no lo percibe. Yo lo odiaba; pensaba: «Qué malo, qué idiota, me pone los pelos de punta; mi perro es más inteligente que él, porque sabe que todas las personas son diferentes, mientras que Borges piensa que todos los perros son iguales».

<sup>1</sup> Escrito originalmente en francés para Cahier de L'Herne Borges, 1964.

Borges no entendía mi angustia. Sin embargo, era yo quien no lo comprendía. Lo supe por lo siguiente: Borges considera a los animales como dioses o grandes magos; piensa también, caprichosamente, que cualquier ejemplar de la especie representa a todos. Al abrir una puerta, sé que a veces le pregunta al gato de la Biblioteca Nacional: «¿Se puede entrar?» Confundido, piensa: «¡Pero el gato del vecino que encuentro al salir de aquí es quizá el mismo gato que veo detrás de esta puerta!» Si lo encuentra sentado sobre su silla, busca otra, para no molestarlo. Ama a los animales a su manera.

Borges detesta a la gente disfrazada. Una noche de carnaval, luego de la cena, una amiga y yo nos disfrazamos. Nos paseamos por el jardín, y nos acercamos a Borges. Le hablábamos sin fingir la voz, pero no nos contestaba.

—Soy yo, Georgie, ¿no me reconocés?

Sólo después de que me saqué el disfraz y la máscara, me respondió. Se apoyó entonces contra un árbol frondoso que le arañaba apenas el rostro y murmuró:

—¿Éste también se disfrazó?

\* \* \*

Borges tiene corazón de alcaucil. Ama a las mujeres lindas. Sobre todo si son feas, así puede inventar con más facilidad sus rostros. Se enamora de ellas. Una celosa le dijo acerca de otra mujer que él admiraba:

—No me parece tan linda. Es completamente pelada. Tiene que usar una peluca hasta de noche, cuando duerme, por miedo a encontrar en sus sueños a gente que ama, o un espejo.

—Ninguna persona linda podría ser tan pelada —dijo él con admiración—. Indudablemente ella no la precisaría, porque es linda de todas formas.

Y agregaba, con sincera curiosidad:

—¿Se fue quedando pelada naturalmente? ¿Naturalmente, en serio?

En mi opinión, la señora en cuestión se hizo bella hace dos o tres años, cuando estalló la moda de las pelucas.

\* \* \*

A Borges le encanta el dulce de leche; lo come tan rápidamente que no tiene tiempo de sentirle el gusto, pero si le ofrecen un flan, una *omelette*

*surprise*, compota de frambuesas o zapallo en almíbar, responderá lentamente, en inglés para que el postre no lo comprenda:

—Muy interesante, pero no tengo el coraje de destruirlo.

\* \* \*

Cenar con Borges es una de las costumbres más agradables de mi vida. Me permite creer que yo lo conozco más que mis otros amigos, porque la hora de la cena es más que nada la hora de la conversación.

Charlar con Borges, sin embargo, cuando uno apenas lo conoce es difícil, aun a la hora de la cena; tanto, que uno no puede casi imaginar que su conversación pueda luego tornarse agradable.

Muchas personas conocieron a Borges en nuestra mesa. En general, cuando hay demasiada gente él no le habla más que a una, siempre la misma, porque él no abandona jamás, ni en sus conferencias, la actitud secreta de la intimidad; más bien abandona a su interlocutor, con crudeza. La persona, mejor dicho la víctima que quiere charlar con él, intenta entrar en su conversación como el niño que quiere saltar a la soga cuando sus compañeros la hacen girar en el aire. A veces esto se hace imposible pero el niño, luego de mucha indecisión, entra en el juego, y otras veces no entra y se aburre a muerte, o tiene vergüenza.

\* \* \*

No estoy segura —ni le preguntaría a nadie ni siquiera a Borges— de si es verdad, pero creo que en la casa en la que él vivía cuando lo conocí, había una estatua de mármol o de piedra, con una fuente de la que salía agua. Mi recuerdo me basta, y pienso que la fuente de donde salía el agua, es para mí el símbolo de una fuente literaria en la que yo buscaba refrescarme.

\* \* \*

En la habitación de la abuela (inglesa) o de la madre de Borges, había un cirio que ardía noche y día, y una imagen santa bajo un fanal. Las paredes de las habitaciones estaban pobladas de cuadros y tapices de Norah, la hermana de Borges, una de nuestros mejores pintores. Norah, sin embargo, no ha hecho jamás un retrato de su hermano; es lamentable. Él no se parece en nada a los rostros que pueblan sus cuadros; rostros indispensables, de los cuales ella conoce hasta el mínimo detalle.

Pocas personas tienen la suerte de poseer un retrato que se asemeje a su espíritu. Afortunadamente, Borges ha tenido esa suerte. El retrato de su alma existe y puede reproducirse hasta el infinito gracias al negativo de una fotografía que tomó Adolfo Bioy Casares.

\* \* \*

Las circunstancias que conllevan al nacimiento de una amistad, así como al nacimiento de un ser humano, son muy importantes. Es por esta razón que recuerdo detalles del nacimiento de mi amistad con Borges. Un grupo de escritores talentosos nos rodeaba en ese momento. Aún no los habían separado ni la muerte ni las ideas políticas. Nos reuníamos, conversábamos mucho, con gran frecuencia. Adolfo Bioy Casares escribía, en colaboración con Borges, libros muy importantes que mostraban un mundo inexplorado en las letras argentinas. Ejercieron una gran influencia, como consecuencia, sobre nuestra literatura. Estos libros escandalizaban a la mayoría de nuestros amigos: se desconfiaba de ellos. Pensaban que reírse de semejante modo ya no era nada serio. Más tarde llegaron a amarlos, como se ama a las obras difíciles de apreciar la primera vez que uno se acerca a ellas: Chaucer, Corneille, Shakespeare, etc.

En una agradable noche de verano, cerca de Buenos Aires, en la quinta de Victoria Ocampo, un admirable poeta, desfalleciente, pálido, recostado en el suelo, casi muerto, murmuraba palabras ininteligibles que tomé por oraciones: rezaba para no morir completamente. Era Jules Supervielle. Tomé su pulso, que latía débilmente. Quisimos llamar a un médico. «Ya estoy bien», dijo de golpe el moribundo. Evidentemente, se había curado a sí mismo. Después me reveló el secreto de su recuperación: cuando estaba a punto de desvanecerse, decía versos; eso lo mejoraba más que un remedio. A nuestro modo, nosotros hacíamos lo mismo por la salud de nuestra alma. Vivíamos en una atmósfera de poesía pura. Los versos eran los lazos más seguros entre nosotros. Nos encantaba repetirlos con monótonas inflexiones de voz (para los demás; emocionantes para nosotros), como lo hacía Borges, no a la manera de la Comedia Francesa. Así nos divertíamos durante las comidas, o los viajes en automóvil, o los paseos a pie, o las tristezas, o las alegrías, o la angustia de una tiranía vergonzosa, a veces grotesca o trágica, cuya voz —terriblemente argentina, debo reconocerlo—, invadía nuestras calles y nuestros hogares.

Como hacían los poetas en Alejandría, o Herbert en Inglaterra, o bien una treintena de años atrás Apollinaire y muchos otros, siento deseos de transcribir estos versos en su idioma original y darles formas de frutas o de alas